

Sobre la globalización ¹

Juan VELARDE FUERTES
Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas
Madrid

¹ Este texto corresponde a la Lección Magistral de clausura del Curso Académico 2004-2005 pronunciada en el Aula Magna de los Estudios Superiores del Escorial, el 14 de mayo de 2005.

Existen momentos, como son los del final de curso, en que apetece ver más allá de las materias de estudio diarias, porque importa a los jóvenes escudriñar sobre el futuro al que se dirigen. Pero en una fiesta académica, como ésta, eso interesa a todos, y mucho, sobre ciertas materias. Horacio, en la epístola I, libro I, habló de que algunas cuestiones igualmente nos implican a los ancianos y a los jóvenes. Y he aquí que el fenómeno muy moderno de la globalización económica, porque no se remonta más allá de 1989, es una de esas materias de interés universal.

Tal fenómeno es una compleja resultante de multitud de factores. Enunciamos los principales: la existencia del capitalismo, que irrumpe con fuerza creciente desde el siglo XVI; el descubrimiento de vías comerciales entre todas las partes del mundo, como se señaló por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista, en 1848; los progresos continuos de la revolución científica, sobre todo a partir de la Ley de gravitación universal de Newton, de la ley de las proporciones definidas, de Proust, y de las leyes genéticas de Mendel; el estallido de la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII, un fenómeno que prosigue con ímpetu creciente a comienzos del siglo XXI; el triunfo del liberalismo democrático a partir de la Revolución Gloriosa de Inglaterra –1688–, del logro de la independencia de los Estados Unidos –1783– y de la Revolución Francesa –1789–, que se consolidó tras la batalla de Valmy; la aparición de la ciencia económica, a partir de 1776, con «La riqueza de las Naciones» de Adam Smith; la constitución con éxito de grandes mercados, en vanguardia la Unión Europea, pero sin olvidar ese ámbito creciente del TLC, que expansiona sin cesar el ya de por sí colosal mercado norteamericano; finalmente, el hundimiento de las utopías anticapitalistas, con la conclusión, en 1989, de la Guerra Fría al destruirse el Muro de Berlín.

Conviene aceptar una definición de este fenómeno. A mi juicio vale perfectamente la del Fondo Monetario Internacional aparecida en «World Economic Outlook», marzo 1997: Se entiende por globalización «el proceso de acelerada integración mundial de la economía, a través de la producción, el comercio, los flujos financieros, la difusión tecnológica, las redes de información y las corrientes culturales» (Toribio).

La reacción derivada de todo esto es un aumento del bienestar material. Conviene ofrecer algunos datos. Si consideramos que en 1950 se pusieron los primeros cimientos de la última etapa del proceso de globalización, al rectificarse del todo los planteamientos nacionalistas que siguieron a la I Guerra Mundial, nos encontramos con un claro proceso de enriquecimiento general, que, desde luego es la característica del medio siglo que transcurre de 1950 a 2001. Es conveniente, para apreciar el fenómeno, emplear dólares homogéneos. En este caso se utilizan los dólares internacionales de 1990 en esta estimación de Maddison. Esta mejoría fue general. En el Producto Interior Bruto por habitante, Europa Occidental, entre 1950 y 2001, creció un 320,5%; Europa Oriental, un 185,5%; los países que constituyeron la Unión Soviética, un 62,8%; los cuatro países extraeuropeos de raíz anglosajona –Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda– un 190,7%; Iberoamérica, un 131,9%, Japón, un 907,7%; el resto de Asia, un 413,6%; finalmente, África, un 66,6%. En el mundo aumentó un 186,5%.

Se destaca ese giro de 1950, favorable a la globalización, porque, a partir de 1870, se había generalizado el fenómeno proteccionista que sólo comienza a enmendarse desde 1950. Conforme se va contrayendo el movimiento expansivo de las exportaciones en todas y cada una de las regiones del mundo –sería exactamente igual que se empleasen las cifras de las importaciones–, el PIB se mueve hacia abajo, y viceversa. Obsérvese lo que sucede en el período de 1870-1950: un aumento del 141,3% en setenta años –etapa restrictiva de las exportaciones– y en 1950-2001, que está dentro, en general, de un impulso a las mismas, y que ya se acaba de decir que supone un incremento, en 51 años, del 186,5%.

Por supuesto que esto no se contradice con el hecho sobre el que, de algún modo habrá que volver, de que la gran parte del PIB mundial –el 68,5%– estaba acumulado en 2001 en 20 países –los trece más ricos de Europa, los cuatro anglosajones extraeuropeos, Japón, China, y la India–, donde habita el 50,9% de la población mundial. Naturalmente, no se trata únicamente de los más ricos, sino de los de mayor producción dentro de sus fronteras.

Este crecimiento, en general, de la riqueza, plantea problemas morales serios, pero de otra índole que los habituales exhibidos.

El primero está sobre el tapete desde 1930. Se expuso por partida doble por dos grandes liberales. Uno era Ortega y Gasset, al publicar ese año *La rebelión de las masas*. Otro, Keynes, quien en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, pronunció, también ese mismo año de 1930, una conferencia titulada *La economía política de nuestros nietos*. La frontera temporal que se trazaba era la del año 2030 que yo no voy a alcanzar, pero sí muchos de ustedes. Su frase central fue: «Bajo el supuesto de que no se producirán guerras importantes ni grandes aumentos en la población, el problema económico puede ser solucionado o, al menos, su solución podrá estar próxima dentro de unos cien años. Equivale ello a decir que el problema económico no es –si contemplamos el futuro– el problema permanente de la raza humana». Pero eso no tenía por qué ser camino de la felicidad. Keynes consideraba que al disponerse de mucho tiempo libre y de un nivel considerable de bienes, pero no de cultura, iba a originarse un repulsivo proceso de masificación, contra el que habría que prepararse. El binomio Ortega-Keynes tenía toda la razón para dar la voz de alarma.

Ese es el punto de apoyo implícito en un ensayo titulado *The affluent society*, o sea, *La sociedad opulenta*, que se convirtió en un superventa, escrito por un economista neoinstitucionalista canadiense-norteamericano, J. K. Galbraith. En él expone ese peligro que nos acecha y también en otro ensayo anterior a éste, que tuvo menos difusión, *El capitalismo americano*. Lo que planteó Galbraith fue el choque de los bienes y servicios divisibles, que se suelen producir por el sector privado y se adquieren en el mercado, y los bienes y servicios indivisibles, que no pueden adquirirse en el mercado, sino

que son suministrados por el sector público, como pueden ser en España los servicios sanitarios o la tranquilidad urbana. De *La sociedad opulenta* son estos párrafos de denuncia de una mala orientación de esa producción gigantesca: «Una vez que la sociedad se ha abastecido de alimentos, vestido y abrigo, todo lo cual se asignó casualmente a la producción, venta y compra privadas, sus miembros comienzan a desear otras cosas. Y un considerable aumento de estas cosas no es apto para una semejante producción, venta y compra. Tienen que ser proporcionados a todo el mundo, si es que deben ser proporcionados, y se les debe pagar colectivamente o, si no, no se les puede poseer. Tal es el caso de las calles y de la policía, y de las ventajas generales de la educación masiva y de la higiene, de la reducción de epidemias y de la defensa común. Existe una remota posibilidad de que los servicios que pueden ser prestados colectivamente, aunque dentro del cuadro general de las necesidades, vayan después de las estrictas físicas y vayan aumentando en urgencia en una forma más que proporcional con el incremento de la riqueza. Esto es mucho más probable si la riqueza creciente se ve acompañada por una población creciente y una mayor densidad demográfica. De todos modos, estos servicios, aunque reflejan unos deseos cada vez más urgentes, permanecen cubiertos por el baldón de la inseguridad, la incompetencia, el coste y la pretenciosa interferencia de los príncipes (de la opinión pública). El alcohol, los tebeos y revistas del corazón y los dentífricos, todos ellos disfrutan del amparo de la superior reputación del mercado. Los colegios, los jueces y las piscinas municipales yacen bajo la mala reputación de los reyes perversos.»

Esta pelea entre bienes y servicios privados abundantísimos y de bienes y servicios públicos escasos, al procurarse por todos los medios que la política económica adecuada sea la de un gasto público reducidísimo, fue expuesta también por Galbraith muy gráficamente así: «La familia que hace una excursión en su coche color entre malva y cereza, con aire acondicionado y conducción y frenos eléctricos, pasa a través de ciudades deficientemente pavimentadas, afeadas por los desperdicios, los edificios desconchados, los anuncios junto a postes de condiciones eléctricas que deberían ser subterráneas desde hace ya mucho tiempo. Contempla un paisaje rural que

es casi invisible por obra y gracia del arte comercial. (Las mercancías que se anuncian gozan de una absoluta preeminencia en nuestro sistema de valores. Estas consideraciones estéticas respecto del paisaje tienen, por lo tanto, un carácter secundario. En estos aspectos no somos inconscientes). Meriendan con unos alimentos exquisitamente empaquetados que sacan de una nevera portátil, a orillas de un arroyo contaminado, y pasan la noche en un estacionamiento que es una amenaza para la salud pública y para la moral. Y antes de adormecerse acostados en un colchón neumático, cobijados en una tienda de nailon y rodeados por el hedor de la basura en corrupción, pueden reflexionar vagarosamente sobre la curiosa desigualdad de las mercedes que se les han otorgado». Realmente –concluye– «¿es esto el genio norteamericano?»

Keynes, al lado del resultado positivísimo de la globalización, en lo material, nos ofrece el riesgo de la masificación; Galbraith nos habla de las tensiones que se derivan de que las masas abominen de que el sector público sea importante. Por eso se lanzan gozosas en medio de mares de chirimbolos cromados, pero protestan ruidosamente al observar que los servicios públicos están desatendidos, dentro de una contradicción por la que son fácil presa de populistas demagogos que –recordemos el motivo esencial del hundimiento económico de Argentina–, son capaces de dejar tras sí una especie de estela de desolación secular.

Mas he aquí que Foguel plantea otra cuestión. En su discurso de 1998, este Premio Nobel de Economía parte de la aceleración histórica que se produce desde finales del siglo XVIII. Una serie de descubrimientos y novedades tecnológicas se unen a un incremento demográfico colosal. La situación que se diseña termina en el año 2000, pero todo indica que a lo largo del siglo XXI proseguirá este alud de descubrimientos, aunque con una progresiva desaceleración en el incremento del número de habitantes de la Tierra, como indican todos los demógrafos. Pero he aquí que todo esto coincide con un aumento, por cierto también muy grande, del sector ajeno tanto al mercado como al sector público. En parte esto se debe a que «el aumento considerable del tiempo que quienes trabajan pueden dedicar al ocio constituiría el rasgo más destacado... (del año 2040). El tiempo dedicado al ocio ha triplicado desde hace un siglo, mientras

que su trabajo anual ha descendido desde 3.100 horas, aproximadamente, a las 1.730 horas actuales». En el año 2040 estas 1.730 horas se reducirán «a 1.400 solamente y la jornada semanal promedio a 30 horas». La misma tendencia aparecerá para las mujeres. Pero «el ocio no es sinónimo de indolencia». Esto plantea que «alrededor del año 2040 invertiremos más de tres cuartas partes del tiempo discrecional en hacer lo que nos gusta». Además, en ese 2040 nos habremos convertido en una sociedad tan opulenta que nos acercaremos «a la saturación del consumo, no solamente de las cosas necesarias, sino también de los artículos considerados hasta hace poco como sueños o relatos de ciencia ficción durante el primer tercio del siglo xx». No hay necesidades nuevas, y los incrementos de productividad sirven para comprar ocio. Ya de siempre la curva de oferta del trabajo tiene un trazado original que se ratifica como consecuencia de esta realidad. Aparece así una enorme cantidad de trabajo voluntario —que más de una vez se considerará ocio— que no dejará de plantear problemas en relación con la cuantificación de magnitudes macroeconómicas. Pero, sobre todo, ¿cómo canalizar e impulsar en bien de todos, ese trabajo voluntario?

Algo de esto ha de contemplarse muy probablemente en conexión con una cuestión complementaria. Me refiero a todo lo que respecta al patrimonio espiritual. Es un cambio importante, porque «algunos defensores del igualitarismo afirman continuamente que el nivel (de vida) material de los pobres es sumamente duro. Pero confunden las condiciones de vida actuales con las de épocas anteriores. Su incapacidad para admitir los enormes avances materiales que, hasta los menos favorecidos han conseguido desde hace un siglo, obstaculiza, en vez de impulsar, la lucha contra la pobreza crónica en las naciones ricas, pobreza cuya característica principal es la alienación o lejanía espiritual respecto de la sociedad. Aunque la ayuda material constituye un elemento importante en la lucha para superar la alienación espiritual, dicha ayuda no alcanza su objetivo si, como algunos suponen, al mejorar las condiciones materiales, no se consigue de forma natural la mejora espiritual». Esto conduce a Fogel a agregar que «el Estado no puede legislar el que los más fuertes deban proporcionar a los débiles la posibilidad de aprovechar al máximo sus posibilidades. Es algo que cada individuo tiene que resolver por sí mismo». Esto

obliga a todo un replanteamiento de multitud de premisas del Estado del Bienestar, porque «estudios recientes indican que quienes han carecido de recursos inmateriales durante los primeros años de su vida, tropiezan con más dificultades para sentirse realizados después de la jubilación».

Surgirá una reivindicación nueva, que ahora ya se adivina entre nosotros con las denominadas Universidades de mayores. Se presionará para compartir el saber, y, sobre todo, la capacidad de disfrutar con la inteligencia. Si esto no se resuelve –y fundamentalmente corresponderá hacerlo al Estado y, creo también, que a la Iglesia, como una especie de Cáritas de los valores espirituales, con lo que hay que recordar el planteamiento de Galbraith sobre la importancia de los bienes y servicios indivisibles– observaremos, como castigo, ese avance de la masificación que, además de a Keynes, asustaba a nuestro Ortega y Gasset.

La globalización está pues, en marcha. No parece que vaya a existir, en mucho tiempo, causa ninguna que la detenga. Por otro lado, las cifras de la pobreza, como vamos a ver, angustian, y con toda razón, a cualquier persona con sensibilidad. Pero, he aquí que, desde la aceleración de la realidad globalizada, o sea, a partir de la caída del Muro de Berlín, ha pasado a existir dos realidades. Una es la de la Europa occidental, los cuatro países anglosajones de emigración europea, Iberoamérica y Asia; otra, la Europa del Este, así como el conjunto de naciones independientes procedentes de la extinguida Unión Soviética, y África. Incluso, al contemplar esto, desde los Himalayas de la opulencia creciente, estas realidades resultan más atroces aún. La pregunta es inmediata: ¿existe algún enlace entre el avance de la globalización y estas escandalosas cifras de la pobreza? Los ciudadanos tenemos que reaccionar ante esto, por elementales cuestiones de comprensión del fenómeno político que no es necesario documentar. Pero, de inmediato, surge la duda de si la coexistencia entre el avance de la opulencia y las situaciones agobiadoras de pobreza muestra la existencia de alguna relación causal, o bien quienes pretenden que existe caen una y otra vez en el conocido sofisma de *post hoc, ergo propter hoc*.

Para comenzar a aclarar las cosas contemplemos los países con mala distribución de la renta, según los datos del coeficiente de Gini que ofrece el Banco Mundial en su reciente Informe 2005. Sabido es que este coeficiente oscila entre 0 –perfecta equidistribución de la renta– y 1, cuando toda la renta de un país está en manos de una sola persona. Como contraste tengamos en cuenta que el coeficiente de Gini español, cuya cifra es igual a la francesa o a la holandesa, es 0,325. En el mundo existen 33 países con un índice de Gini superior a 0,450. Eso quiere decir que se trata de países muy alejados de la equidistribución.

La redistribución de la renta se produce como consecuencia de un sistema fiscal progresivo, de un buen funcionamiento del Estado del Bienestar, y de la existencia de una sociedad abierta. El fallo de cualquiera de estos vértices del triángulo de la equidistribución provoca crecimientos en el índice. Y la actualización sobre cada uno de ellos nada tiene que ver con los fenómenos de globalización. Exclusivamente se debe a decisiones políticas propias. No hay que pedir permiso a nadie para construir un eficaz y progresivo sistema fiscal, para crear todos los mecanismos de un sistema de seguridad social y de servicios sociales, con adiciones relacionadas con la educación y la vivienda, así como con la existencia de una realidad sindical firme pero que no busca nada más que el bienestar obrero, y, finalmente, con la existencia de un auténtico sistema liberaldemocrático que haga posible una sociedad que rompa cualquier lazo con la vieja sociedad estamental, y que mantenga con firmeza el principio, como fundamental, del respeto a la propiedad privada.

Se observa que multitud de países en vías de desarrollo –no por cierto todos, lo que llama la atención–, además de tener bajas rentas, las tienen mal, o incluso muy mal distribuidas, como es el caso de Argentina, Botsuana, Brasil, Colombia, Guatemala, Lesotho, Namibia (que tiene la peor distribución del mundo), República Centroafricana, Sierra Leona, Sudáfrica o Zimbabwe. Esto es, que forzosamente en estos países los niveles de pobreza tienen que ser alarmantes. En el caso concreto de los sistemas fiscales se observa una absoluta ignorancia de la Ley de Wagner como inspiradora de estos sistemas fiscales. Wagner señaló cómo, para progresar adecuadamente en lo económico, es preciso que crezca más deprisa el gasto público que el

PIB, por supuesto hasta alcanzar un límite que puede situarse entre el 30 y el 35% del PIB.

Pero, asimismo, un alto porcentaje de gasto público frena, a su vez, la eficacia, y es preciso alterarlo. El caso más claro es el de la OCDE. Mucho se ha enmendado el panorama del año 1993 en el 2003, con la única excepción de Japón y, de modo menos claro, de Alemania.

Por supuesto también es obligado el equilibrio presupuestario para evitar las perturbaciones derivadas de la carga de la deuda o de los progresos de la inflación, que aparecen siempre que el gasto supere a los ingresos públicos, fundamentalmente logrados por vía de impuestos.

A este respecto, hace pocos años, el guatemalteco Gert Rosenthal, un eminente economista, al recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad de San Carlos, la señora de Guatemala en muchos sentidos, manifestaba su desesperación ante el abismo que forzosamente se abría ante su pueblo, porque el gasto público no lograba superar el 10% de un PIB que, por otro lado, era muy reducido. ¿Cómo puede ser posible, con tantos pocos recursos, financiar sanidad, educación e infraestructuras de transportes y comunicaciones, sin las que es inimaginable el desarrollo económico? Hace muchos años, en conversación con el gran economista argentino Raúl Prebisch, muy influyente entonces en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas (CEPAL), le pregunté por qué este organismo no propugnaba un aumento positivo, además progresivo de los impuestos, que hiciese posible incrementar, de modo equilibrado, el gasto público. Me repuso: —«No tendría ningún apoyo político; nadie lo solicita demás. Los que iban a ser favorecidos, no lo entienden y, por eso, no lo piden; los que iban a ser perjudicados, procuran que de eso no hable nadie». Efectivamente, muy poco se habla y menos se ejecuta por los gobiernos en los países en vías de desarrollo en algo tan necesario.

Al rebuscar lo que origina esta situación y muchas otras adicionales, nos encontramos con lo que podríamos denominar sintéticamente con la denominación de un mal gobierno. Cuando éste advierte, a causa de su pésima formación técnica, que sirven para algo, doctri-

nas económicas que, por el contrario, lo complican y perturban todo, lleva al hundimiento económico. El caso más claro es el de la expansión, a través precisamente de CEPAL, de la doctrina llamada del estructuralismo económico latinoamericano. Su influencia ha sido enorme. A partir de una investigación que publicaron, en 1949 y en 1950, Prebisch y Singer de modo independiente, de que en onda larga los precios de los artículos industriales, en los mercados mundiales, crecían más que los de los alimentos, materias primas y energía, montaron, con enlaces keynesianos favorables al déficit público, todo un programa de política económica de industrialización hacia adentro. Uno de los economistas seguidores de esta doctrina, Aldo Ferrer, publicó un libro para orientar la política argentina, que significativamente se titulaba *Vivir con lo nuestro*. Se acompañaban estos programas de tolerancia con la inflación, de fuerte intervencionismo estatal, con empresas públicas sistemáticamente en déficit y en los sectores más variados —para explicar esta situación y el fracaso del estructuralismo latinoamericano en México, el alto político del PRI y excelente economista, Jesús Silva Herzog, señaló en una reunión en la Escuela de La Granda que «en Ciudad de México teníamos incluso un cabaret cuyo propietario era el Estado; por supuesto, era el único cabaret que perdía dinero en el país»—, con endeudamientos externos insensatos, y con medidas salariales y otras mejoras a favor de obreros o de grupos indígenas, que se financiaban con atroces subidas de precios. A partir de comienzos de los años ochenta del siglo xx, en eso radicó el inicio de una crisis profunda en la región iberoamericana, que aún persiste.

Desarraigar esta mala política es muy difícil. Parece, en principio, fácil y poco molesta: no hay problemas impositivos; el gasto aumenta; la mano de hierro del intervencionismo del Estado sustituye a la mano invisible de Smith; se acude a los mercados financieros, endeudándose, para poder seguir teniendo un mínimo equilibrio macroeconómico; en los primeros momentos, el populismo que, como señaló el profesor Bourricaud, atrae a las masas pobres por su simultáneo bajo nivel cultural, se siente feliz con este sistema y lo vota y lo aplaude. Desde la UNCTAD, por supuesto desde CEPAL, desde el proyecto de Bandung, desde algunos centros académicos como la Universidad de Sussex a través del economista Dudley

Seers, desde núcleos muy relacionados con el marxismo que buscaban algún enlace con posturas económicas más modernas, como fue, por ejemplo, el caso de Samir Amin a partir de su tesis doctoral *Accumulation on a World Scale* y, desde los grupos de Cristianos para el Socialismo y desde la Teología de la Liberación, ésta parecía ser fórmula salvadora. De ahí que se implantase con muchísima fuerza por parte de numerosos políticos. Ni en un solo caso ese amasijo de disparates sirvió para nada. Al fracasar, como refugio, comenzaron sus seguidores a hablar de maquinaciones de las oligarquías financieras. La crisis de los ochenta se debió a esto y, de modo pintoresco, las oligarquías financieras, que habían prestado a los Estados donde se llevaron a cabo estos experimentos a absurdas manos llenas, se cogieron los dedos. Basta estudiar las purgas de dirigentes del gran banco norteamericano Chase, para comprender que hubo estulticia en los políticos y, por supuesto, en multitud de grandes banqueros que ayudaron a esas estupideces, a costa de la estabilidad de sus establecimientos y, por supuesto, del dinero de sus accionistas. Curiosamente, se alza un clamor para cancelar la deuda exterior que tiene, sociológicamente mucha fuerza. Se enlaza, directamente, con la doctrina partidaria de la condena del tipo de interés.

Todo lo agrava, como es el caso muy general de África, la lamentable formación de sus cuadros burocráticos. Cuando éstos, dentro de seudoprogramas de ayuda, se prepararon en países comunistas, sus decisiones escalofrían. Recuerdo a un burócrata de Guinea Ecuatorial, formado en economía en Moscú, que me preguntó en un almuerzo en Malabo, qué opinaba sobre un proyecto suyo de estatificar la cerveza.

Es claro que en todo esto nada tienen que ver ni la globalización, ni la riqueza de los favorecidos por ella. Si es malo seguir doctrinas erróneas, eliminar la problemática fiscal o no saber nada de nada y, a pesar de ello, creer que es posible dirigir parcelas importantes de la política económica, aun peor es el otro gran causante de toda clase de rémoras al desarrollo y que, desde luego, quizá sea la mayor fuente de pobreza de las zonas poco desarrolladas: la espeluznante corrupción, sobre todo en las economías más pobres, proceso que además engendra un afianzamiento de la miseria. En prácticamente todos estos países pobres esta alta corrupción ha arraigado porque ha

surgido una auténtica situación cleptocrática. Afortunadamente tenemos posibilidad de medir esta lacra, gracias al Índice CPI o Corrupción Perceptions Index, que se elabora, bajo la dirección de Peter Eigen, en la Universidad alemana. Índice que es el de corrupción absoluta y 10, de carencias e corrupción, de limpieza plena.

Es importante señalar que todos los países más corrompidos, con índice CPI menor que 4,5 son, absolutamente todos, países en vías de desarrollo. No ser corrompido un dirigente nada en principio tiene que ver con la pobreza o la riqueza. Es una prueba de que sí existe espíritu cívico y una buena moral. Nada tiene que ver, de modo apodíctico, con la pobreza. Concretamente, tienen más de cinco puntos países como Botsvana, quien, con 6 puntos en su CPI, tiene un PIB por habitante que es sólo el 72,9% del de Argentina, que sin embargo ocupa el puesto 108-111 del índice CPI, con sólo 2,5 puntos. Dígase lo mismo de Jordania. Tiene un Índice CPI de 5,3. Pues bien, su PIB por habitante es sólo el 90,5% del de Venezuela, que tiene un índice CPI de 2,3. Lo contrario, en cambio, es cierto; esto es, que la presencia de corrupción impide el desarrollo económico, o si se prefiere «es claro que, tanto desde un punto de vista teórico como empírico, la corrupción tiene un efecto netamente negativo sobre la eficiencia y el crecimiento económicos».

La eliminación de la corrupción es una cuestión de voluntad política ajena a la pobreza o la riqueza. Por eso, al adentrarnos en un estudio riguroso del enlace entre la corrupción y el nivel de desarrollo, conviene tener en cuenta que «la evidencia empírica sugiere que la corrupción disminuye con el crecimiento económico. En este proceso no es raro encontrarse, sin embargo, con un empeoramiento inicial del fenómeno: antes de culminar el proceso de transición desde un tipo de economía cerrada a otra más abierta se generan muchas posibilidades para el aumento de la corrupción. Lo cual suele suceder cuando se intenta modificar el modelo político de sociedad para pasar de un sistema dictatorial a otro democrático. No obstante, la competencia política y económica operan al cabo de un cierto tiempo en contra de la corrupción», con lo que se rompe lo que de otro modo sería un peligro círculo vicioso.

Corrupción y pobreza están, pues, enlazadas de modo clarísimo, pero la corrupción no procede de la pobreza, sino que la engendra; es uno de los factores más poderosos entre los que la pobreza nace debido a un desorden moral que nada tiene que ver con el nivel de renta. Pero de la pobreza se puede escapar. El ejemplo lo tenemos a la mano. Se trata precisamente de España. Ahora se encuentra dentro del grupo de los países industriales ricos, como consecuencia de un fortísimo esfuerzo de convergencia con ellos. Sin embargo, en 1890 pudo publicarse por Lucas Mallada, con toda justicia y buena documentación, que «por todas partes, sea labriego o artesano, el bracero español se halla peor vestido, peor alimentado y peor albergado que cualquier otro europeo de igual condición social». Todo eso es ya historia vieja. Por decir una cosa más, ¿dónde quedan ya las verídicas estadísticas de las características físicas de muchos españoles, mostradas en los años cuarenta del siglo XX por el profesor Grande Covián en su obra *La Ciencia de la Alimentación*?

El esfuerzo para superar las malas situaciones continuamente lo efectúan diversas comunidades nacionales porque, en primer lugar, el hombre sabe hoy producir todo cuanto precisa para no vivir en la pobreza, y desde luego para no hacerlo en la indigencia. Naturalmente, el hombre desea producir esa corriente de bienes y servicios, y la técnica nos enseña cómo es posible conseguirlo. Por lo tanto no debería existir –así de rotunda es mi afirmación–, el problema del hambre.

Sin embargo éste existe. Especialmente repugnantes son las situaciones carenciales que recaen sobre los niños. Eso es tan repulsivo que conviene que el problema no se desenfoque, y corramos detrás de falsas soluciones.

La ayuda de la ciencia económica en esto que he pretendido mostrar, es realmente impagable. No nos perdamos, por tanto, alanceando fantasmas como el de la globalización. Antes al contrario, como ha escrito Mandle, «la capacidad de la globalización para facilitar el desarrollo industrial, y así ayudar a reducir la pobreza... es la piedra de toque que debe guiar a las políticas de este ámbito. Sólo con eso como guía para la acción puede lograrse que las políticas complementarias que buscan la equidad tengan sentido».

BIBLIOGRAFÍA

- ARNEDO, M. Á., «El control de la corrupción por el Tribunal de Cuentas. Posibilidades y limitaciones», en *Revista Española de Control Externo*, vol. 1, n.º 3 (septiembre 1999) 61-89.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A., y FERNÁNDEZ CORNEJO, J. A., «La economía de la corrupción y el control externo», en *Revista Española de Control Externo*, vol. 1, n.º 3 (septiembre 1999) 21.
- FOGEL ROBERT, W., «Los cambios a partir del año 2000», en *Crónica de Economía*, n.º 5 (otoño 1999) 8-33.
- FUENTES QUINTANA, E., y VELARDE FUERTES, J., *Política Económica*, Doncel, Delegación Nacional de Juventudes, Madrid 1959, pp. 113-114.
- GALBRAITH, J. K., *Capitalismo americano. El concepto del poder compensatorio*, traducción de J. Berenguer Amenós, Ed. Ariel, Barcelona 1956, p. 144.
- *La sociedad opulenta*, traducción de Carlos Grau Petit, Ed. Ariel, Barcelona 1960.
- KEYNES, J. M., *Essays in persuasion*, Macmillan, London 1931, pp. 365-366.
- MADDISON, A., *La economía mundial: una perspectiva milenaria*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid 2002, p. 126.
- MALLADA, Lucas, *Los males de la patria y la futura revolución española*, Alianza Editorial, Madrid 1969, p. 19. (La primera edición de esta obra de Lucas Mallada es de 1890.)
- MANDLE, J. R., *Globalization and the poor*, Cambridge University Press, Cambridge 2003, p. 131.
- TORIBIO, J. J., *Globalización, desarrollo y pobreza*, Fundación Codespa, Madrid, n.º 1, p. 3.